

El sello distintivo de la santidad

Fernando Torre, msp

Dios nos ha llamado a la santidad (cf. 1P 1,16). Pero abundan ideas equivocadas sobre la santidad que, lamentablemente, conducen a prácticas estériles o aberrantes y dan a la persona una imagen distorsionada o fantasiosa de sí misma. La verdadera santidad tiene un sello distintivo.

Concepción Cabrera escucha que Jesucristo le dice: «El cuño de la santidad es la humildad perfecta; su sello, la obediencia ciega, y su crisol, la santa pureza»¹. Estas virtudes son diversas manifestaciones del amor a Dios y al prójimo. Si faltara alguna de ellas, la santidad no sería cristiana ni auténtica.

La santidad consiste en la transformación en Jesucristo (cf. Rm 8,29). Él fue *humilde*: «El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y entregar su vida» (Mc 10,45). «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). Durante la Última Cena, Jesús «comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía ceñida» (Jn 13,5).

Fue *obediente*: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió» (Jn 4,34). «Abbá, Padre: [...] que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieras tú» (Mc 14,36). «Se hizo obediente hasta la muerte» (Flp, 2,8).

Fue *puro*: «¿Quién de ustedes puede demostrar que tengo algún pecado?» (Jn 8,46). «Cristo no cometió ningún pecado ni jamás engañó a nadie» (1P 2,22). Jesucristo «es santo, sin maldad y sin mancha, apartado de los pecadores» (Hb 7,26).

Si queremos caminar hacia la santidad, hemos de «vivir como Jesucristo vivió» (1Jn 2,6). Esto significa luchar contra el orgullo, la arrogancia, la vanidad y la hipocresía; luchar contra la soberbia, la desobediencia y nuestro afán de autoafirmación; luchar contra el pecado en todas sus formas y resistir a la tentación.

Para esta lucha, contamos, sobre todo, con el Espíritu Santo, que «viene en ayuda de nuestra debilidad» (Rm 8,26). Sin embargo, con todo y el Espíritu Santo, la lucha implica para nosotros renunciaciones y sufrimientos. Sería ilusorio pensar en una santidad sin cruz.

¹ CC 13,63-64: 9 mayo 1900.